

Cuzco: ¿entre buenos y malos?

Manuel Almendro

Yo no sé si hoy día podría considerarse que la historia humana discurre por un camino de evolución o de degradación entre todas las posibles variantes que se hubiesen conformado de haber sucedido posibles hechos históricos que no sucedieron y viceversa. Este pensamiento rondaba por mi cabeza en el centro de la plaza admirando el sello español en el rojo de los tejados sintiendo la sabiduría perenne de aquella civilización incaica; en fin, el encuentro. Y en este preciso momento de nuevo sucede otro tanto mientras corrijo este artículo imbuido de esa energía especial del Zócalo de la ciudad mexicana de Oaxaca, en camino ya hacia Lima.

Cuzco te empuja a andar pausado, con las suelas pegadas al suelo por el efecto de la altura. Paseas una y otra vez entre la piedra colonial de los monumentos y el diseño popular de las casas de raigambre hispánica y grecorromana entre los monumentos de roca de ese enigma precolombino que se ajusta a la Naturaleza, un enigma que se palpa en el aire. Todas las grandes culturas como la incaica en su momento fueron capaces de construir un cosmos: ésa fue su grandeza perecedera.

Aun dudo de acabar este artículo pues tengo la impresión de que todo esto que voy a desarrollar ya lo sabemos, siento que es inútil puesto que si lo olvidamos es simplemente porque pesan otros intereses. A eso voy e incluso admitiendo la posibilidad de discutir el que este encuentro entre esas dos tradiciones: la precolombina y la cristiano-romana respondan a la historia humana concebida como una degradación, me preocupa el por qué aún sigue dominando el encuentro entre guías y visitantes esa especie de enfrentamiento entre estas dos culturas quinientos años después. ¿A qué intereses responde? Sobre todo cuando estas dos culturas representan la síntesis y el componente base del ser peruano. A nadie, a ningún guía se le ocurre montar semejante aparataje por la invasión francesa sobre España ni la reciente y cruel por los alemanes siendo este un hecho reciente. Yo no he visto ahondar tanto en la fisura como en Cuzco.

Los guías turísticos –en absoluto indígenas amenizan sus discursos con un Santiago mataindios y Jesuitas embaucadores tanto en la Catedral como en Machu Pichu en una diatriba oscurantista contra los cristianos que se desarrolla en un país de raigambre católica y que puede infundir posibles vías al rencor y ofrecer oportunidad a los necesitados de expresarse en el lenguaje de la violencia y de dar rienda suelta a sus frustraciones personales variopintas y muchas de ellas comprensibles. Todas las descripciones de esta escuela de guías se desarrollan en base a juicios de valor en un 80%, sólo el resto es de información. Aparece una de vaqueros de buenos y malos de una forma poco historiográfica, mínimamente rigurosa y básicamente populista.

No me siento identificado con defender ninguna conquista, tampoco frecuento las iglesias, pero entiendo el respeto al derecho ajeno de Benito Juárez. Y, por ello, siento que ese pretendido enfrentamiento entre dos culturas hoy peruanas sólo puede decantarse en la balanza por el plato de la degradación o por la irresponsabilidad de la propaganda que sigue un determinismo en boga en Occidente y en muchos órdenes y que se regodea en la contradicción y no en la riqueza de la complementariedad. A veces al español se le sorprende haciéndose eco de estas culpas porque como un vicio de esa cultura entiende que degradándose será ensalzado. Precisamente sorprendí en una de estas conversaciones a un comedido hombre hispanoamericano elevando la moral de un español culposo con el dato de que sólo en la ciudad de México había más indígenas que en todo EE UU. De todas formas, creo que nunca se ha abordado de forma abierta «eso» que fue un encuentro: el de Europa y América, pues las ceremonias de los 500 años fueron sólo una ceremonia política. El anhelo del indígena que busca el espíritu en la selva o en la montaña no está para mi lejos del «conquistador» que buscaba el dorado siguiendo los libros de caballerías, soñando

la California de la libertad, la fuente de la salud eterna de Florida, surcando los istmos y la selvas siendo diezmados por las cerbatanas, la disenterías, las serpientes, el agotamiento. Vivekananda –maestro de la cultura hindú– a principios de siglo argumentaba que la Shakti –divinidad hindú– también está detrás de esos ejecutivos occidentales que víctimas del estrés caen de un infarto en los andenes del metro.

Llevo más de dos décadas surcando los mundos indígenas: Mazatecos, Guicholes, en México, Shipibos-Conibos, Asheninkas, Mestizos en el Amazonas. Jamás me encontré con ninguno de ellos que me considerara como un adversario. En una ocasión unos miembros del INI –el Instituto Indigenista de México– me preguntaron sobre cuál era mi interés de perderme en las montañas entre los indios, les contesté: aprender.

A partir de ahí uno de ellos me regaló una colección de discos de las tradiciones y unos libros publicados por ellos. No hay, pues, guerra. Sin embargo sí que es verdad que a veces cierto poder intelectual, cierto interés blanco se desgañita por presentar ese mundo como una fisura insalvable poblado por enemigos irreconciliables bajo la necesidad de opresores y oprimidos, de mártires y héroes. Ya Trungpa –lama tibetano– decía que la mitad de los caparazones del ser humano son miedos y el resto armas.

Es peligrosa la estrategia astuta de algunos políticos para colocar los demonios y las culpabilidades fuera de su gobierno y tener ya el cesto de la basura repleto con alguna nación, etnia, etc. La estrategia de este tipo es planetaria. Precisamente me preocupa que el interés actual suscitado por el enigma y el legado de conocimiento de la cultura indígena caiga en la rentabilidad del victimismo desde una posición de astucia para acceder a mayores cotas de poder no ajeno a la cultura de la imagen, y buscar la lástima, y quién sabe si el odio, entre los habitantes de la tierra peruana.

No olvidemos que si hablamos de invasiones en la historia, los modelos de opresión también se extendieron a Incas y Aztecas sobre los pueblos circundantes y fue ése el talón de Aquiles sobre el que se fraguó la estrategia de los llamados conquistadores.

De hecho, los españoles pudieron entrar porque se encontraron ya con una civilización decadente. Parece que esa opresión ha constituido un «modelo de desarrollo» en Oriente y Occidente que sigue vigente y que están en la balanza de la dualidad planteada al comienzo de este escrito.

No quisiera concluir este artículo sin dejar claros algunos de los aspectos planteados:

–La sabiduría silenciosa del legado indígena está en manos de algunos chamanes, siendo este conocimiento reconocido por la propia población indígena, sobre todo rural.

Mi conexión con los indígenas durante los últimos 22 años, tanto con los Mazatecos de México y etnias amazónicas, muestran esa conexión con el cristianismo. Algo a lo que fui reticente en un principio pero que en su momento comprendí como el verdadero significado del sincretismo, no como forma de explicación intelectualista sino como reconocimiento de un mismo territorio allá en el lado del espíritu por parte de la sabiduría ancestral de los indígenas, puesto que en el lado de acá pocos curas comprendieron este encuentro. Basta alguna experiencia de tipo chamánico y leer a Juan de la Cruz o a Teresa de Jesús para conocer el sincretismo indígena.

No puedo olvidar a don Patricio, indio mazateco, y su letanía sibilante; ni las oraciones de los Queros ante la atención devocional de sus admiradores entre los que me encontraba en una ceremonia desarrollada en una Waca de Lima cuando, pensando que estábamos ante la oración secreta de los Incas, en realidad resultó ser el Ave María en quechua, expresado con fervor cien por cien. Y no cabe duda de que si el comercio respeta la sabiduría ancestral, perenne, indígena, es necesaria

como gran superadora del racionalismo materialista occidental. Esperando que esta oposición constructiva no se escurra por esos mitos artificiales que crea la «New Age» con la lucha por el puesto número 1 en la carrera por la reencarnación del Inca tal o cual.

–Otro aspecto es el problema del reconocimiento y aceptación de lo indio. Un indio en la ciudad vestido de occidental pasa a las últimas escalas sociales. Desgraciadamente la tez india no es bien vista en la sociedad. No aceptado el indio, se le usurpa su palabra para negociarlos como víctimas frente a unos turistas dispuestos a la emoción y soltar metal. En nuestras sociedades desestabilizadas todo se compra porque esa ley fáctica la impuso el poder blanco. Leyes restrictivas sí, pero para quien no tenga plata. Si este es el meollo del problema éste debería de ser el meollo de la solución. La aceptación del indio pasa por su propia valoración.

Creo que es imprescindible la aceptación del indio, del mestizo, del negro, del blanco hacia una unidad de ser: en este caso, el ser peruano, pero bien podría ser extensible esta vía de unidad respetuosa y rica en las diferencias a toda América. Vía posible que ha de ser a través de la palabra, de las palabras castellanas, quechuas, náhuatl, aimará... uniendo las esencias como hacen los indios: la esencia de la cultura cristiana, de las culturas precolombinas en esa vía de unidad transpersonal que apunta no hoy día hacia la raza inca o la raza blanca, sino hacia la raza humana sin perder las diferencias de cada color del caleidoscopio que son imprescindibles para la riqueza del encuentro.

2004-04-16 LA RAZÓN. ESP